

LA GENERACION DEL 27, 60 AÑOS DESPUES

■ Intervinieron Carlos Bousoño, José Hierro, Guillermo Carnero y José María Amado

En el mes de diciembre, en Sevilla, en 1927, un grupo de poetas homenajeó a Luis de Góngora en el tricentenario de su muerte. Aquél fue el primer acto público de la que después sería conocida como Generación del 27. Recordando esta efeméride, en el pasado mes de octubre, entre el 6 y el 15, se celebró en la Fundación Juan March un ciclo de cuatro conferencias con el título general de «La generación del 27, 60 años después», en el que intervinieron Carlos Bousoño («Sentido actual de la Generación del 27»), José Hierro («Los poetas del 27 y mi generación»), José María Amado («Litoral y la Generación del 27») y Guillermo Carnero («Significado vanguardista del centenario de Góngora en 1927»).


Entre las revistas en las que colaboró aquella incipiente generación, «Litoral», fundada en Málaga en 1926 por dos de aquellos poetas, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, destaca en especial por haber publicado, en octubre de 1927, un volumen triple, el 5, 6 y 7, en el que escribieron, en homenaje a Góngora, Alberti, Aleixandre, Altolaguirre, Bergamín, Cernuda, Gerardo Diego, Lorca y Guillén, entre otros.

«Litoral» ha tenido tres etapas: la primera, desde 1926, en la que se publican nueve números; la segunda, a partir de 1944, en el exilio mexicano, y se editan cuatro números; y la tercera, a partir de 1968, bajo la dirección de José María Amado, en la que han salido hasta ahora 175 números, muchos de ellos monográficos —como uno en dos volúmenes, dedicado a la poesía árabe, actual y arábigo-andaluza, que se presentó en la Fundación Juan March— o facsímiles de la primera etapa,

como el de homenaje a Góngora recientemente publicado.

Se recoge a continuación un resumen de las intervenciones de cada uno de los participantes en el ciclo.

Fundación Juan March
CURSOS UNIVERSITARIOS 1987/88



La generación del 27, sesenta años después
OCTUBRE: 1987


Martes, 6
CARLOS BOUSOÑO: Sentido actual de la Generación del 27.

Jueves, 8
JOSE HIERRO: Los poetas del 27 y mi generación.

Martes, 13
JOSE MARIA AMADO: 'Litoral' y la Generación del 27.

Jueves, 15
GUILLERMO CARNERO: Significado vanguardista del centenario de Góngora en 1927.

Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en la Fundación Juan March, Casaflo, 77, 28009, Madrid. Entrada libre.



Carlos Bousoño

«SENTIDO ACTUAL DE
LA GENERACION»



«**P**ara hablar de su sentido actual, de la importancia que la Generación del 27 ha tenido, tiene en estos últimos veinte, treinta años, conviene situar el marco en el que la Generación se explica.

En mi opinión, es obligado ocuparse de las épocas literarias, para entender cualquier movimiento que se produzca. Sé que esta idea, hoy, con frecuencia se desecha, se cree, equivocadamente, a mi modo de ver, que todo eso es subtexto. Por el contrario, para mí es texto en sí mismo.

Habría que remontarse muy atrás, tal vez establecer unas premisas; una de éstas sería, por ejemplo, que el desarrollo de la cultura es consecuencia de la racionalización de la vida. La racionalización progresiva de la sociedad la vive el hombre como conciencia que tiene como individuo. El hombre, al contrario que el animal, tiene capacidad para meterse en su interior, para ensimismarse, como decía Ortega.

Frente a la racionalidad a la que llega la sociedad —en un proceso dilatado en el tiempo y al que no me puedo referir con detalle—, las gentes del 27 exaltan lo instintivo, lo pasional, la individualidad del hombre. Cuando años después, cuando la revolución cultural de los años sesenta valore también esto, se verá cómo esta revolución es consecuencia de la crisis de racionalidad de los años veinte y treinta, en la que tanto tuvie-

ron que ver los movimientos vanguardistas, entre ellos el 27.

La Generación mostró siempre un gran interés por lo erótico. El interés por la sexualidad, por la perversión, ya lo habían tenido los simbolistas, los decadentistas. Estos se habían interesado por la perversión, porque al hacerlo, al despreciar lo natural, se entregaban a lo antinatural.

Actitud generacional

¿Cuál sería, pues, la novedad de los del 27? La gran novedad es declarar inocente el erotismo, no sólo el sexo admitido por la sociedad, sino el libre. En Cernuda esto está muy claro, pero también en otros; aún más: es una actitud generacional.

La Generación, por otro lado, exaltó lo elemental. En Alexandre es el campesino; en Lorca, el gitano, los niños (la imaginación del niño por encima de la racionalidad); en Alberti, el marinero. En Alexandre, además, hay una exaltación del amor-pasión y un interés grande por la naturaleza: la ciudad sería lo negativo.

En Lorca hay una exaltación de lo popular, de lo folklórico. Hay asimismo un ataque a la ciudad (en «Poeta en Nueva York»), que es un ataque a la técnica alienante. En esta misma obra («Poeta en...») se exalta al negro frente al blanco, la sexualidad libre («Oda a Walt Whitman»).

En bloque se oponen a la actitud esteticista que había predominado en tres corrientes anteriores, la parnasiana, la simbolista y la partidaria de la poesía pura. Esta postura antiesteticista se da no sólo en Aleixandre, también en Neruda, en Lorca, en los otros (tras la guerra, esta postura pervivirá en alguna manera en la poesía del momento, estoy pensando, por ejemplo, en la de José Hierro).

Podríamos seguir así con muchos más ejemplos para llegar a algo que quiero destacar: los del 27 tenían una misma concepción del mundo. En este siglo se ha valorado excesivamente el prurito de la originalidad de los poetas. Una originalidad excesiva no existe. Los del 27 eran personalistas, cada uno tenía elementos distintivos, pero a la vez, y como es natural, tenían muchas cosas en común.

Marginados y marginadores

Por ejemplo, una misma actitud ante la sociedad represiva. En todos ellos se da esa tensión entre sociedad prepotente e individuo desvalido. La sociedad, piensan, va contra el individuo, contra la vida. Esto es muy importante para el 27: en sus textos aparecen marginados y marginadores.

En Lorca, por citar un caso claro: gitanos, hijas de Bernarda (sobre todo Adela), negros, Whitman..., son los marginados, frente a los marginadores: guardia civil, Bernarda, blancos de Nueva York, hombres burlescos.

Los del 27 se dieron cuenta de que era imposible salir de esta situación, que la única salida en todo caso sería la revolución política. Y algunos se hacen comunistas (Neruda,

Alberti, Cernuda en un momento determinado). Pronto se desengañaron: el comunismo, entonces, era Stalin. La desilusión provoca un extraordinario pesimismo.

Imaginar un mundo

Descartado el comunismo, no les queda otra opción, a los del 27, que el pesimismo, buscar una salida individual a través de la imaginación: imaginar un mundo en el que esa represión no existiera (el Cernuda final, el Aleixandre de «Sombra del paraíso»). En Lorca este pesimismo le lleva a que el intento de salvación se frustre; de ahí la raíz trágica de su teatro.

Resumiendo, pues: si tenemos en cuenta que a partir de los años sesenta las partes se rebelan contra el abuso del todo y aparecen nuevos poderes (el de los gays, de los negros, de las feministas, de los sindicatos, de los movimientos descolonizadores, de las minorías en los partidos políticos, de los regionalismos y autonomías, etc.), si pensamos que el desarrollo del erotismo pasa por la desmarginación de los marginados, por la tolerancia, por no ser jueces de los demás, podremos, en fin, valorar lo que, en los años veinte y treinta, supusieron los movimientos de vanguardia, incluida la Generación del 27, y responder a cuál es su sentido hoy.»

Carlos Bousoño nació en Boal (Oviedo) en 1923 y es profesor universitario y autor de numerosas obras sobre teoría poética y sobre Vicente Aleixandre en especial: *Seis calas en la expresión literaria española* (en colaboración con Dámaso Alonso), *Teoría de la expresión poética* y *La poesía de Vicente Aleixandre*. Es académico de número de la Real Academia Española.

José Hierro

«LOS DEL 27 Y
MI GENERACION»



«**L**a pregunta ¿qué le debemos a los poetas del 27? tiene una respuesta que, para la mayoría, es ésta: todos los poetas que han venido detrás somos como somos gracias a los del 27. Sin ellos, nuestra poesía hubiese podido ser mejor o peor, pero en cualquier caso diferente. Hay, sin embargo, otras respuestas. Desde la que dice que les debemos algo a la que afirma, rotundamente, que entre su poesía y la nuestra no hay *nada* en común. Estas respuestas son excesivamente esquemáticas.

Los poetas de la posguerra, los de la primera oleada, tienen en común el hecho de haber publicado su primer libro en la década de los cuarenta, aunque algunos habían publicado su primer libro en 1935. Hagamos con todos ellos una figura única, un retrato-robot, fechado en los años treinta. Resulta así un poeta en ciernes, un adolescente que no ha leído más poesía que la incluida en las antologías escolares. Las más actualizadas recogen la «Balada de la placeta», de Lorca. La mayoría acaban en Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

La revelación le llega al caer en sus manos un libro que pone sobre la pista a nuestro joven poeta. Su título, «Poesía española. Antología 1915-1931». Y bajo el título, una relación de 17 poetas, la mayoría desconocidos para él. A continuación estas palabras: «Selección de sus obras publicadas e inéditas por

Gerardo Diego». La fecha de edición, 1932.

Esta Antología supone la vía de acceso a un ámbito mágico. Nuestro joven poeta descubre una poesía que, aparentemente, nada tiene que ver con la que conocía, clásica o romántica; poco con la de los poetas más próximos, como Rubén Darío, Machado o Juan Ramón. No ve nexos alguno entre éstos y la claridad diamantina de Guillén, la invención imaginativa del creacionismo de Diego o Larrea, el caótico mundo sombrío de «Sobre los ángeles», «Poeta en Nueva York», libro aún inacabado; «Los placeres prohibidos», «Espadas como labios». Y es natural que se entregue a la imitación, más o menos consciente, de estas corrientes, creacionistas o surrealistas, neopopularistas o neogongorinas que constituyen la nueva poesía.

Poco a poco va descubriendo que no existe la ruptura con el pasado que, al principio, creyó ver. En la poesía de los jóvenes maestros hay mucho Garcilaso, mucho Lope, mucho Góngora. Y Bécquer. Y Rubén Darío. Y desde luego hay mucho Juan Ramón. El que le queda un poco distante a este adolescente es Antonio Machado. Le parece un gran poeta que no ha sabido tomar el tren de la modernidad. En eso coincide con los poetas del 27, que le respetaron, pero no lo consideraron maestro, no lo siguieron, no aprendieron nada de él.

Cuando en 1939, finalizada la guerra, iniciada una durísima posguerra marcada por el hambre y la represión, el joven poeta, aún en ciernes, quiere verter sus experiencias en mol-des poéticos. Quiere ser poeta. Pero ¿en quién apoyarse? Unamuno y Machado han muerto. Juan Ramón ha comenzado su exilio sin retorno. Si piensa en los poetas más próximos, en los que lo deslumbraron y en quienes conectó con una poesía que pensaba que iba a ser la suya, halla también el vacío.

Realidad sombría

Por otro lado, todo el grupo del 27 es contemplado como un conjunto de grandes poetas que no supieron enfrentarse a la realidad y que hicieron de la poesía una actividad lúdica, intrascendente, minoritaria, impopular. Y el poeta que ahora está naciendo quiere acercarse a la vida, a la realidad sombría que le rodea. De ahí el rechazo global —que no excluye la admiración— al grupo del 27.

Posiblemente lo que el poeta de la postguerra experimenta ante los del 27 es algo así como rencor, porque ellos habían vivido una fiesta gozosa, pero ahora, cuando los necesitábamos, estaban lejos o estaban mudos. Y nos preguntábamos qué harían ahora —entonces— Lorca si viviese, Guillén, Alberti, en los tiempos sombríos. Lo que los poetas parecen tener claro en la posguerra es que la poesía ha de ser, en mayor o menor grado, realista. Que no puede el poeta convertirse en mero malabarista de palabras.

Si hasta los primeros años de la década de los cuarenta la generación del 27 no influye en la poesía de la posguerra, ahora, en 1944, se va a producir un

hecho catalizador. Es la aparición de «Hijos de la ira», de Dámaso Alonso, y «Sombra del paraíso», de Vicente Aleixandre. He aquí que son dos poetas del 27 los que ayudan a poner en marcha la poesía joven. Pero la generación del 27 apenas deja huella en la poesía de la posguerra. Aunque la condiciona.

Los poetas de la posguerra huyen de todo aquello que representó la generación del 27: esteticismo, ingenio, imagen como núcleo del poema, poesía que quería, como la definió Gerardo Diego, «crear lo que no veremos». El poeta quiere hablar de la vida, de los seres vivos, quiere disimular su condición de poeta, hablar la lengua de cada día. Celaya da ejemplo de la necesidad de compromiso cuando afirma que la poesía no es un fin en sí, sino un instrumento para transformar el mundo.

Serán los poetas de la segunda oleada de posguerra, los que comienzan a publicar en la segunda mitad de los cincuenta, Claudio Rodríguez, Angel González, Brines, etc., quienes vuelven a valorizar la poesía del 27. En esta actitud hay algo de reacción contra la oleada anterior que la atacó —salvo las excepciones de Aleixandre y Dámaso Alonso— por su irrealismo, por su falta de compromiso. La tercera oleada, la de los novísimos —salvo, también, la excepción de Ginferrer—, la ignora como tal grupo.»

José Hierro nació en Madrid en 1922 y es poeta y crítico de arte. Integrante de la llamada generación del medio siglo, obtuvo el premio Adonais en 1947; posee, además, entre otros, el Nacional de Literatura (1953), Premio March (1959) y Príncipe de Asturias (1981). Su primer libro es *Tierra sin nosotros*; otros son: *Quinta del 42*; *Libro de las alucinaciones* y *Cuanto sé de mí*.

Guillermo Carnero

«SIGNIFICADO VANGUARDISTA DE GONGORA»



«**L**a reivindicación de Góngora tuvo el carácter de una auténtica revolución estética, de una consciente provocación, que hay que situar en la ideología vanguardista vigente en los años veinte. Pero debemos preguntarnos qué sentido tiene esa reivindicación en el seno de un movimiento de vanguardia que, con distintas orientaciones y en manos de grupos diferentes, anima las letras españolas desde principios de siglo.

Los poetas del 27 aparecen como los naturales herederos del clima creado por el ultraísmo, por Guillermo de Torre, por Ramón Gómez de la Serna, por las visitas a España de Breton y Aragon, salvando todas las distancias de pensamiento, de actitud o de calidad. Si puede asignarse un lugar común al vanguardismo histórico en bloque, al futurismo, al dadaísmo, al superrealismo, es precisamente la negativa a asumir cualquier proyecto de continuidad cultural, el rechazo de los valores, la literatura o el arte del pasado.

Puede, por lo tanto, sorprender el que un grupo de escritores vanguardistas (aunque, como los del 27, no quisieran ser la sucursal española de ninguna corriente internacional) se proponga hacer bandera de combate de un poeta del siglo XVII por razones literarias. Recuérdese que si el superrealismo de los años veinte admite una nómina muy restringida de ante-

pasados, lo hace por razones ideológicas.

Existe, en los cenáculos vanguardistas de los años diez y veinte, coincidencia en cuanto a reclamar un nuevo tipo de expresión poética que se puede resumir en dos o tres negaciones: la del descripcionismo, la del realismo, la del yo lírico de filiación romántica. Cabe preguntar, una vez más, qué sentido tiene, en el contexto de estas ideas y esta práctica literaria, la reivindicación de la obra de Góngora: la respuesta está a nuestro alcance en un artículo de Rogelio Buendía en «La Gaceta Literaria» (15 de abril de 1927) y en otros dos de Dámaso Alonso: «Claridad y belleza en las *Soledades*» y «Góngora y la literatura contemporánea».

Sintetizando los argumentos de Dámaso: el reproche habitual que se hace a las *Soledades* se refiere a la inconsistencia de su argumento y a la oscuridad de su lenguaje. Dos características queridas por Góngora y que lo convierten en un antepasado del arte de vanguardia. Góngora pone en pie una construcción verbal y crea una lengua poética radicalmente diferenciada de la norma común, y para ponerlo más obviamente de manifiesto minimiza o elimina el argumento del poema. Ninguna anécdota, referencia a la realidad o emoción está provista de la evidencia que la haría inmediatamente descifrable. El len-

guaje de Góngora es un tejido de metáforas nunca subordinadas a la representación directa de la realidad o las emociones.

Es decir, para situarnos ante un punto de referencia contemporáneo: la obra de Góngora responde al diagnóstico que de la 'poesía pura' hizo Ortega y Gasset en *La deshumanización del Arte* (1925). Góngora es un paladín anticipado de la eliminación mallermeana del yo lírico. Esta sería la opinión de Buendía y creo que la unánime en los círculos vanguardistas españoles.

Las distinciones de Dámaso Alonso sobre las diferencias entre Góngora y Mallarmé no interesan ahora, sino retener las semejanzas, salvada la posición de cada uno en el tiempo histórico-literario:

'Erraron la puntería los que afeaban a las *Soledades* el no tener interés novelesco. Era precisamente lo que no debían, no podían tener. Es éste uno de los mayores aciertos de Góngora y uno de los que más le aproximan al gusto de nuestros días; basta pensar en el desmoronamiento actual de la novela o, en otro orden de cosas, en los nuevos caminos —puro placer de las formas— que han abierto a la pintura el cubismo y sus derivaciones. A menor interés novelesco, mayor ámbito para los puros goces de la belleza.'

Poesía pura

Tanto el ejercicio de la 'poesía pura' como el entusiasmo por Góngora enfrentaron a los poetas del 27 con los clásicos vivos de su tiempo. Unamuno, Valle, Baroja, Machado y Ortega fueron invitados a participar en el homenaje. El número 11 de *La Gaceta Literaria* publica sus respuestas: evasivas o bien decla-

raciones de no entender ni apreciar a Góngora. En la misma revista, número 1 de marzo de 1929, Machado acusa a los poetas jóvenes de cerebralismo, vacuidad y oscuridad; en *Juan de Mairena* califica el gongorismo de estupidez; en *Los Complementarios*, a la poesía del momento de «actividad subalterna o retardada».

Por su parte, escribe Unamuno en *Cómo se hace una novela*: '(...) Recibo un número de 'La Gaceta Literaria' que consagran a don Luis de Góngora y Argote y al gongorismo los jóvenes culteranos y cultos de la castrada intelectualidad española (...) ¿Y a esto le llaman poesía esos intelectuales?, ¿poesía sin fuego de fantasía ni llama de pasión? (...) Todo ese homenaje a Góngora (...) me parece un tácito homenaje de servidumbre a la tiranía (...)'

Tanto los argumentos de la poética vanguardista como los de quienes eran inaccesibles a ella nos llevan a la conclusión de que, en 1927, sacar a Góngora del purgatorio literario no fue un acto de arqueología literaria ni un ejercicio de erudición, sino el resultado de una sintonía a tres siglos de distancia, posibilitada por la reflexión que sobre el lenguaje poético realizaron Mallarmé y la vanguardia internacional. La vanguardia histórica ha pasado, pero gracias a ella Góngora forma parte, sin reservas, de la historia de la poesía española.»

Guillermo Carnero es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia y catedrático numerario de Universidad. Además de trabajos en volúmenes colectivos y en revistas especializadas, ha publicado *Espronceda, El grupo 'Cántico' de Córdoba, Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber y La cara oculta del Siglo de las Luces.*

José María Amado

«LITORAL' Y LA
GENERACION DEL 27»



«**F**ue en mayo de 1968, en París, cuando eché sobre mis espaldas la tarea de sacar de nuevo *Litoral*. Fue una enorme responsabilidad, pues *Litoral* fue, entre las del 27, la revista de más proyección. El considerar a aquel grupo de poetas como Generación del 27 hoy es algo totalmente aceptado, aunque yo no sea muy partidario del término generacional. Dicen, no sé si fue así, que lo del 27 lo inventó Dámaso Alonso.

La verdad que englobarles en el 27 no tuvo otra razón que el que todos se sintieran obligados a homenajear aquel año a Luis de Góngora. Aquel acto, en Sevilla, no tuvo en sí más importancia, aunque con el tiempo se ha agigantado.

En mi opinión, lo que tiene verdaderamente importancia es aquel número triple de *Litoral*, en honor de Góngora, y en el que colaboraron todos ellos. Su índice —incluidos los pintores Picasso, Gris, Dalí, Prieto, etc.— sí que es la nómina del 27. Aunque faltan nombres: se prescinde de Miguel Hernández, de José Bergamín, de León Felipe.

Lo que caracteriza, en mi opinión, a esta Generación, por lo menos en su primera etapa, es su apoliticismo. Luego, no; luego, primero con la República y, sobre todo, después, con la guerra civil, los poetas tomaron postura, postura clara, además: la mayoría se exilió, unos murieron y los que no pudieron marcharse, aquí permanecieron.

A partir de 1968, cuando resucito la revista, mi intención es ampliar ese concepto de generación, incluir a otros poetas, Bergamín, desde luego, pero también a los contemporáneos latinoamericanos, César Vallejo y Pablo Neruda; dediqué números a Hinojosa, a Garfias, a tantos otros. Publiqué, no sin dificultades, la primera edición de *Roma, peligro de caminantes*, de Alberti. Cuando ya lo tenía listo, la censura me prohibió cuatro versos. Logré convencer a Alberti de que me enviara unos poemas nuevos para sustituir a los prohibidos.

Estos y otros, los poetas que Bergamín llamaba con voz y eco (como Alberti, como Federico, como Miguel Hernández) y los de con voz y sin eco (como Aleixandre y Cernuda), forman esa constelación del 27, que con el padre de todos ellos, Juan Ramón Jiménez, y los post-98, Salinas y Machado, constituyen un grupo que, según pasen los años, tendrá la misma importancia en la literatura española que la que tuvo el Siglo de Oro.»

José María Amado dirige la revista *Litoral* desde 1968. A partir del número 50 cuenta con la colaboración de Lorenzo Saval, sobrino-nieto de Emilio Prados. Amado, por esta labor, posee el Premio Vasconcelos, concedido en México en 1983, y la medalla de oro de la ciudad de Málaga, que le otorgó el Ayuntamiento en 1985.